Víctor concluyó de leer, arrugó la nariz y denegó con la cabeza:

– No me gusta – dijo.

Félix Barco agitó su mano pequeña y morena, con las uñas negras, descuidadas, en ademán de protesta:

– Jo, tío, eres la pera – volvió los ojos a Ayuso –. Dos horas rompiéndonos la crisma y ahora el Diputado que no le gusta.

– Entiéndeme – dijo Víctor –: a mi juicio os enrolláis demasiado.

– Y, ¿puedes decirme cómo le comes el coco tú al personal sin darle el coñazo? [...]

– Al elector sólo hay que decirle tres cosas, así de fácil: primera, que vote. Segunda, que no tenga miedo. Y tercero, que lo haga en conciencia [...].

– ¡Joder, estoy harto de vaselina! ¡Estoy de conciencia hasta los mismísimos huevos! ¿Y si la conciencia no coincide con nuestro programa?, pregunto.

– Mala suerte [...].

– ¡Ostras, que lo haga él! – voceó Félix Barco.

– Tampoco es eso, coño.

Miguel Delibes, *El disputado voto del señor Cayo* (1978)